

res mas principales. Si estallara una guerra con Francia con motivo del Luxemburgo ó de otra cuestion, la traicion abria al enemigo perpétuo de Alemania todo el Noroeste, entregándole á los horrores de una guerra fratricida, y esto pensaba hacerse en nombre de la Alemania y de su independencia.

La Alemania y todos los amantes de la paz acogieron el arreglo del asunto de Luxemburgo con alegría sincera; mas para los soberanos destronados fué este arreglo una terrible desgracia que destruyó cruelmente todo su plan. Se habia dispuesto la marcha de la gente alistada en el país en la prevision de una conflagracion universal, y el asunto no tuvo mas que la forma de una conspiracion fracasada. La corte de Hietzing hubiera querido detener la emigracion ya para el bien de la gente, ya para su propio porvenir; pero la miseria de los que ya no podian volver atrás y la impaciencia de otros que no quisieron comprender la razon, produjo lo que no podia querer ninguna persona de buen criterio.

A principios de mayo de 1867 atravesó la legion hanoveriana la frontera de Holanda y se estableció en Arnheim para aguardar allí el estallido de la gran guerra. Expulsada esta legion de Holanda el 14 de junio, pasó á Suiza, donde permaneció hasta enero de 1868. Mientras se hallaba todavia en Suiza y ostentaba su organizacion militar tanto como era posible, para probar que el rey de Hanover desposeido se mantenía en pié de guerra contra la Prusia, el rey Guillermo le tendió la mano para la reconciliacion. El 29 de setiembre de 1867 dos plenipotenciarios de la Prusia firmaron un convenio con el ex-ministro de Hanover, Windhorst, respecto de la hacienda particular del rey Jorge, segun el cual la Prusia le pagaria en cambio de sus propiedades territoriales once millones de talers, sin otra condicion; y el castillo de Herrenhausen y la hacienda de Calenberg le serian entregados cuando hubiese renunciado formalmente, por sí y por sus herederos, á la corona de Hanover. Además quedaba á disposicion del ex-rey la suma de 600,000 libras esterlinas que tenia colocadas en valores públicos ingleses al tres por ciento. Despues de firmado este contrato por el rey Jorge, fué presentado al parlamento prusiano con otro contrato análogo celebrado el 18 de setiembre con el duque Adolfo de Nassau. En esta ocasion el conde de Bismarck, en 1.º de febrero de 1868, dijo en la cámara de los diputados que en estos dos convenios habia regido el principio de no causar á los príncipes destronados mas perjuicio que el estrictamente necesario para la política nacional; que el destronamiento habia sido una expropiacion inevitable, para la cual habian dado derecho á la Prusia los dos contrarios suyos por haber quebrantado temerariamente la paz y por su resolucion tomada en Francfort, faltando á la ley federal. De este derecho se habia hecho uso á favor del bien público de la Prusia y de Alemania, pero la Alemania y la Prusia tenian el deber de calmar en cuanto pudieran los sentimientos heridos por el nuevo orden de cosas, y en especial por los sacrificios mencionados. Para esto no debia escatimarse el dinero, y si la suma concedida pareciese á alguno demasiado alta, le contestaria que para obtener la firma voluntaria del rey Jorge hubiera él concedido, si necesario hubiese sido, diez millones. Con este motivo citó Bismarck un caso reciente, ignorado hasta entonces. Cuando la disputa por el Schleswig-Holstein, la Prusia habia intentado contentar al Austria con dinero, habiéndose hablado de 40, 80 y hasta 100 millones; pero el Austria habia insistido en recibir territorios y poblaciones: queria el condado de Glatz y quizás tambien algunos territorios de la Silesia alta, á cuya exigencia el gobierno de Prusia no accedió. Si el Austria y el príncipe de Augustenburgo se hubieran dado por satisfechos con 40 millones, nadie se-

guramente habria calificado este negocio de malo. Respecto de la importancia de la firma del rey Jorge, añadió: «Dígase cuanto quiera que el rey Jorge no ha renunciado; las personas que le rodean mantengan y fomenten en él si quieren esta conviccion, diciendo que el rey Jorge no hubiera firmado el arreglo si hubiese sabido que implicaba una renuncia; estas son cosas perfectamente indiferentes, pues no importa lo que el rey Jorge piense sobre esto. El rey era libre de elegir una posicion que podria haber durado muchos años y le hubiera privado de estos recursos, ó arreglarse con la Prusia y mejorar así inmediatamente su situacion. Ha preferido la última alternativa, porque le ha parecido mas conveniente, y se ha decidido en este sentido bajo la amenaza de que no aceptando el arreglo llevaríamos este asunto ante el parlamento y lo trataríamos con él; por manera que estuvimos en la agradable situacion de obtener la firma voluntaria del rey Jorge.»

Otra proposicion tenia por objeto entregar á los estamentos de la provincia de Hanover las existencias de fondos hanoverianos destinados á atenciones provinciales, respecto de lo cual el conde Bismarck dijo en apoyo de esta proposicion en la sesion del 4 de febrero: «Esta entrega de fondos es en primer lugar el cumplimiento de una promesa hecha á aquellos hanoverianos que han tomado sinceramente el partido de la Prusia, y en segundo lugar un paso mas en la senda que se ha emprendido dejando los fondos públicos del Hesse electoral en manos de los hesseses para que los administrasen segun su objeto, y sucesivamente se extenderá esta concesion á todas las provincias de la monarquía.» Contra esta proposicion se levantó en el campo del partido conservador una oposicion tan violenta, que para acallarla amenazó Bismarck con su salida de este partido. Pero cuando esto hubo aplacado las iras y la cámara alta aceptó en 18 de febrero, por 127 votos contra 14, la proposicion última y los convenios con los príncipes destronados, el rey Jorge lanzó al público una nueva declaracion de guerra contra la Prusia.

Aquel mismo día (18 de febrero) el ex-rey Jorge en su residencia de Hietzing celebró el aniversario 25.º de su matrimonio, en una gran reunion de partidarios de ambos sexos, brindando por la pronta vuelta á su reino como soberano libre é independiente é invitando á los demás á beber por el restablecimiento de su trono. Al día siguiente un periódico berlinés, *La Correspondencia Provincial*, recordó que poco que la legion hanoveriana habia pasado con pasaportes austriacos de Suiza á Francia, donde se habia apostado con sus jefes en traje de campaña junto á la frontera alemana en Alsacia, como si hubiese de tomar parte en una guerra inmediata contra la Alemania; pero que por orden del emperador Napoleon habia sido alejada de la frontera, con separacion entre los jefes y la tropa. Despues que las tentativas amistosas de varias cortes para recordar al rey Jorge sus deberes contraídos por el convenio de 29 de setiembre resultaron infructuosas, el rey Guillermo, á propuesta del ministerio, decretó en 2 de marzo el embargo provisional de toda la hacienda del rey Jorge.

Este suceso no tuvo consecuencias, pero contribuyó á deslumbrar al partido de la guerra, en Francia, respecto de la pretendida debilidad interior de la confederacion alemana del Norte y del espíritu que creía que reinaba en las provincias anexionadas recientemente á la Prusia, creyendo que los franceses serian bien recibidos en caso de un ataque contra la Alemania. Aumentaron todavia esta creencia las elecciones al parlamento aduanero y los debates de esta asamblea respecto del espíritu que reinaba en la Alemania del Sur.

El parlamento aduanero de 1868 tenia por objeto reunir á los representantes de los pueblos comprendidos en la union

aduanera y oírlos en asuntos en que hasta entonces solo habian hablado los gobiernos, con la condicion de tratar solamente del comercio, de los aranceles de entrada y salida y del consumo. Era este parlamento el primero elegido por sufragio universal por toda la nacion alemana, y aunque su incumbencia se limitaba al terreno económico, fué la reunion un suceso nacional y político de la mayor importancia. Los electores de la Alemania del Mediodía respondian consciente ó inconscientemente á la pregunta de si aceptaban la union política con la federacion del Norte, y en esta lucha electoral apasionada sucumbieron completamente los electores animados de espíritu nacional alemán en Wurtemberg y en Baviera, mientras que vencieron en el Hesse y en Baden. En el parlamento aduanero, abierto en 27 de abril por el rey Guillermo, se formó inmediatamente una fraccion de la Alemania meridional compuesta de 57 individuos, entre los cuales figuraron los wurtembergueses y los diputados clericales de Baviera y Baden, cuyo primer acto fué impedir que prosperara la proposicion de los diputados de Baden y Hesse pidiendo una «union completa de toda la patria alemana.» Este parlamento aduanero hizo, por lo demás, muy poca cosa, pues solo aceptó tratados de comercio con Austria, España y los Estados de la Iglesia; rechazó el impuesto indispensable sobre el petróleo de 15 gros por cada quintal y concedió un impuesto modestísimo sobre el tabaco, en junto 450,000 talers. Habiendo insistido luego en la última sesion del 23 de mayo en rechazar el impuesto sobre el petróleo, Bismarck retiró toda la proposicion, despues de lo cual el rey Guillermo cerró con un discurso el parlamento, del cual solo quedó en la memoria del pueblo alemán una escena ocurrida en la sesion del 28 de mayo. Habia aconsejado el diputado wurtembergués Probst al parlamento que no tomara resoluciones que pudieran comprometer la paz con Francia, cuando Bismarck tomó la palabra para fijar de una vez el principio segun el cual entendia tratar á los alemanes del Mediodía, diciendo: «Mientras ustedes no reconozcan libremente que sirven en el sentido mas lato á su independencia, y mientras la mayoría de los alemanes del Mediodía que desean una organizacion política no declaren que quieren la union con la confederacion del Norte, hablen ustedes tranquila y exclusivamente sobre objetos de la union aduanera. Si yo protesto así contra toda tendencia de ensanchar su competencia, tambien me opongo á toda tentativa de disminuir la de la union. No quiero decidir ahora si aquí existe esta tendencia, pero invito al orador y á todos los que traten el mismo tema que consideren que, apelando al temor, nunca encontrarán eco en corazones alemanes.» El diputado Volk expresó en los términos mas calurosos lo que inquietaba á los alemanes del Mediodía animados de sentimientos nacionales: «La primavera ha entrado ahora en Alemania, y si todavia se ven algunos que se arrojan pelotas de nieve, les faltará pronto el material.» Concluyó con estas palabras: «Ha entrado la primavera en Alemania.»

Esta misma confianza tenia Bismarck, y por eso estaba decidido á no apartarse ni un ápice del principio que habia expresado. «Si la paz del mundo depende, dijo, de que el conde de Bismarck no se mezcle ni con una sola palabra en la autonomia política de los alemanes del Sur, no hay que temer que la paz se turbe.» La verdad era, sin embargo, que los enemigos de la paz universal ni siquiera se cuidaron de lo que la Prusia pudiera hacer ó dejar de hacer en adelante; solo vieron lo que la Prusia habia hecho y lo que habia conseguido, y los que querian vengarse de esto no pudieron ser atraídos ni desarmados ni con la política mas prudente ni con la observancia leal de los tratados.

Los trabajos de zapa del partido hanoveriano continua-

ron; pero hoy tenemos de ellos perfecto conocimiento para poder decir con seguridad que en las dos cortes imperiales, en Viena y en Paris, los instigadores á la guerra trabajaron con afán; solo les faltaba saber cómo y cuándo se haria, y Napoleon creyó resolver esta cuestion cuando pensó tener en la mano el remedio infalible, en setiembre de 1868, para proteger á Roma contra los italianos. Sintiendo vigorizado corporalmente por su médico el doctor Nelaton, le aseguró el mariscal Niel que el ejército nuevamente organizado estaba á punto de entrar cualquier día en campaña; por otro lado, si no habia alianza todavia con Austria, quedaba asegurada de parte de esta potencia una neutralidad benévola, y despues de la primera victoria una cooperacion activa. Contra los italianos prometia el gobierno de España dar una guardia al Papa, ya que el emperador no podia ofrecerla por



El diputado Volk (de fotografia)

mas tiempo (1). El emperador se habia puesto completamente de acuerdo con la reina Isabel, quedando con ella en que en una entrevista personal se firmaria el convenio. Esta entrevista se trató entre el emperador, que á la sazón estaba en Biarritz, hallándose la reina Isabel en San Sebastian; pero el día 18 de setiembre, en que la reina esperaba la visita del emperador, cuya visita habia de devolver al día siguiente, se sublevó en el puerto de Cádiz la escuadra española, á las órdenes del vice-almirante Topete, y en pocos dias se extendió la sublevacion á toda España. El 28 del mismo mes Serrano derrotó completamente cerca del puente de Alcolea al único ejército de la reina, mandado por Novaliches, y el día 30 huyó la reina Isabel á Francia, recibiendo en la esta-

(1) Merece saberse que el rey Jorge se halló dispuesto, á excitacion de Francia (en el año 1867), á dar su hija Federica al príncipe heredero de Italia, Humberto, si con esto pudiese darse al rey esperanza del restablecimiento de su trono por medio de una triple alianza de Francia, Austria é Italia. Pero la reina María rechazó indignada la idea «de sacrificar á su hija á la política.» El príncipe heredero, su hijo, Ernesto Augusto, propuso que se contestara que el príncipe italiano procurase el restablecimiento del reino de Hanover y cuando lo hubiese conseguido se le daria la princesa. A esto observa Meding: «Esta idea recuerda los antiguos cuentos de los caballeros andantes que marchaban á combatir gigantes y dragones para hacerse dignos de sus damas, y yo me acuerdo de que el conde de Platen, al oír esta expresion del príncipe heredero, levantó la vista estupefacto y despues se calló como completamente aniquilado.» Véase: *Memorias*, tomo III, pág. 288. De la corte de Hietzing dijo el conde de Wedel: «Aquí califica cada uno al otro de tunante, por manera que el extranjero que nos oye ha de creer que somos tunantes todos.»

ción de Biarritz la visita del emperador, que le ofreció por asilo el castillo de Pau. Así se deshizo la última ocasión sobre la cual el rey de Hanover y los suyos habían fundado su esperanza, quedando toda su conspiración frustrada cuando ya estaban preparados el armamento y todo el bagaje para 15,000 hombres, sin faltar ni el más insignificante detalle; la máquina del gobierno secreto de su antiguo reino estaba dispuesta á funcionar á la menor presión, y también estaba preparada una emisión de papel-monedas de dos millones, que debía hacerse al invadir el rey su antiguo reino. Este papel moneda estaba muy bien trabajado y representaba, por un lado, á un hanoveriano quitándose las cadenas y echando mano á la espada. Todo esto, dice Meding en sus memorias, parece ahora un ensueño fantástico, pero entonces fué un armamento verdadero para vencer ó morir.

De esto nada supo el mundo, tanto que en 19 de enero de 1869 entró la cámara en la deliberación acerca del embargo de los bienes del rey Jorge, y el diputado Windhorst, sin caer en ridículo, pudo dudar de la existencia de la legión hanoveriana, que, según él, acaso no era más que una ilusión de espíritus temerosos. Hoy se sabe que todo esto existió positivamente. El conde de Bismarck dijo, en la sesión del 29 de enero de 1869, que no había creído alcanzar con el convenio del 29 de setiembre de 1867 que el ex-rey Jorge renunciara expresamente á sus derechos y esperanzas pero sí que cesaría de hacer el papel de potencia beligerante manteniendo una legión armada y ofreciéndola como auxiliar á potencias extranjeras para utilizarla en la guerra contra la propia patria, intrigando por todos los medios contra la paz universal y presentando á la Prusia siempre como enemiga de esta paz. El embargo de los bienes del rey era, pues, un acto exigido por el simple deber de la defensa, para no dar al enemigo todavía más recursos, y como exige la ciencia jurídica, para no dejarse matar sin antes defender la vida. La defensa en este caso no debía consistir únicamente en rechazar un ataque contra la vida, sino en restablecer aquella confianza en la paz que la Alemania necesitaba para su bienestar, confianza que habría de quedar muy debilitada si la Alemania tolerara conspiraciones insostenibles, como si no tuviese valor para defenderse. «Es una cobardía, añadió Bismarck, no defenderse ni atreverse siquiera á apartar la espada apuntada contra el corazón del atacado. No queremos juzgar aquí como tribunal al adversario caído; queremos proteger á la Alemania, queremos acabar con la iniquidad que juega con la paz de una gran nación y con la tranquilidad de la Europa; no queremos permitir que los defensores de pequeños intereses dinásticos y personales comprometan la felicidad y la honra de la propia patria conspirando con el extranjero.»

El diputado Virchow dijo que se hallaba en el caso de los que no veían en los legionarios hanoverianos la punta de la espada dirigida contra su pecho y contra su país, á lo cual contestó Bismarck que Virchow tampoco había visto los cientos de miles de bayonetas que estaban en el aire, pero que el gobierno de un gran país estaba en la obligación de tener los ojos abiertos. Lo que hoy sabemos del peligro de guerra del mes de setiembre de 1868 por las revelaciones hanoverianas, de las cuales el mismo conde Bismarck decía que estaban mucho más enterados que él los gabinetes extranjeros, era de muchos completamente ignorado. Otros, que no dudaban de la culpa del rey Jorge, ponían en duda la del príncipe elector de Hesse, y los que no negaron del todo la complicidad de este último, á lo menos la consideraron mucho más leve, porque solo había pruebas por escrito, sin ninguna legión armada. No obstante, fué muy justificado el embargo de los bienes de este príncipe, el cual, como hoy se sabe, era en efecto cómplice del rey Jorge. El ex-electoral

Hesse había desligado á sus súbditos, oficiales y funcionarios de su juramento, conforme al convenio del 17 de diciembre de 1866; pero dos años después en un manifiesto público dió gracias á las mujeres de Hesse por un tapiz que le habían bordado con motivo de la fiesta de Navidad del año anterior, siendo lo más particular que durante su reinado jamás había recibido la menor muestra de cariño de sus súbditos de uno ni de otro sexo. En su manifiesto de gracias dijo que no quería renunciar á la confianza de que la separación de su pueblo duraría muy poco; que pronto terminaría el tiempo de prueba y que el escudo de Hesse volvería á ser levantado. El público no hizo caso de estas frases, pero el gobierno prusiano le dirigió una advertencia, diciendo que si continuaba publicando manifiestos hostiles á la Prusia, el gobierno prusiano se vería obligado á embargar sus bienes. A esta advertencia contestó el príncipe en una carta dirigida á su consejero íntimo y fechada en Praga en 9 de marzo de 1868, en la cual sostenía su derecho para aceptar homenajes voluntarios de los súbditos que le habían permanecido fieles y para manifestar en cualquier tiempo y de cualquier modo que no estaba roto el lazo entre su país y su familia soberana legítima, porque todavía no se había desvanecido su esperanza de volver á sus Estados hereditarios.

Por aquel mismo tiempo circuló un manifiesto impreso dirigido á los hessenses que anunciaba la guerra de venganza por el despojo territorial del año 1866. Este manifiesto fué repartido en todo el país de Hesse por un tal Preser, ex-secretario de un teatro y entonces secretario particular del príncipe elector en Praga (1). Peor fué la memoria oficial publicada por el príncipe elector Federico Guillermo I de Hesse referente á la disolución de la confederación alemana y á la usurpación del principado en 1866 por la corona de Prusia. Esta memoria fué impresa en setiembre de 1868, enviada solemnemente á los príncipes y ciudades libres de Alemania y á todos los soberanos de Europa, y presentada al ministerio prusiano con la súplica de que la comunicase al rey. Para calificar esta memoria bastan las frases siguientes:

«Han pasado dos años desde la sangrienta catástrofe que causó la revolución en la situación interior de Alemania, y que pasando por encima de coronas y pueblos, guiada por el egoísmo dinástico, destruyó la patria común y cortó los resortes de un desenvolvimiento de diez siglos, poniendo en su lugar formas cuya vitalidad y cuya conformidad con los deseos é intereses de la nación no sostendrá seguramente el creador de estos cambios. Todavía se halla el porvenir oculto detrás de denso velo, y las personas reflexivas saben que amenazan á la Alemania y á toda la Europa indecible miseria y fatal confusión antes que se haya extirpado lo que se sembró en 1866 ó antes que llegue á fructificar, lo que Dios no quiera. Pero los que con conciencia pura dirijan la mirada á su pasado, tendrán valor y confiarán en que después de duras luchas volverá á brillar el derecho ultrajado y se

(1) En él se decía: «No en vano esperamos la hora de la justicia. Esta hora llega; la sangre de la víctima del fratricida clama venganza, y la soberbia impía del temerario vencedor excita la mano vengadora del Todopoderoso. Dios no dejará profanar por más tiempo su santo nombre. El conde de Bismarck sabe muy bien que á pesar de sus triunfos deslumbradores no se ha logrado nada todavía, que aun puede perderse más y que el juego no está concluido. No lo ganará tampoco. Ya se observan señales de que se levanta el espíritu de venganza amenazador; de los actos brutales cometidos en Berlín y de las llamas que se levantan de los sepulcros de Sadowa suben clamorosos lúgubres al cielo. Apartémonos de aquellos que ejercen el bajo oficio de fingir servidumbre y fidelidad de perro á un rey que apoyado en su fuerza tiene el descaro de apropiarse lo que pertenece á su pariente, nuestro monarca legítimo. Nuestro grito de guerra sea: Devuélvase á nuestro soberano legítimo su corona y caiga el castigo de Dios sobre los defensores de la Prusia.» Véase el informe de la comisión de la cámara de diputados, documento núm. 198.

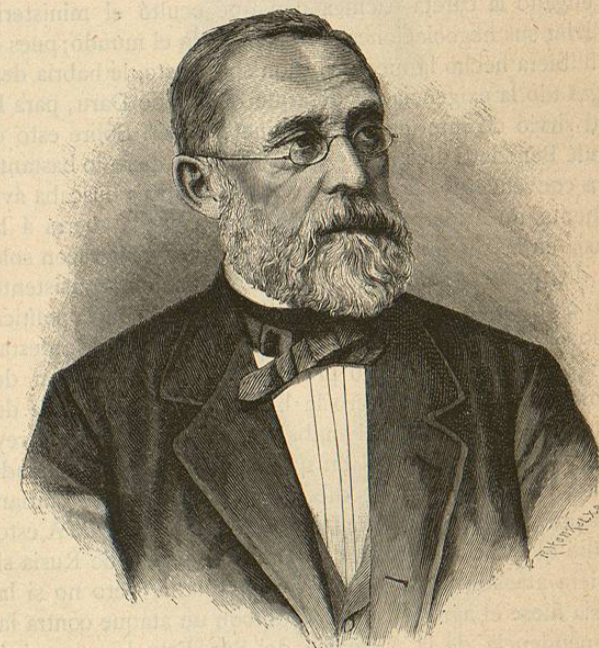
descompondrá la obra del triunfo momentáneo para ser reemplazada por la reconstrucción de Alemania, que fundada en justicia y concordia volverá á reunir los dispersos miembros, formando un baluarte sólido al exterior y una garantía segura contra atropellos interiores.» El pasado á que aludía el príncipe elector en este manifiesto debía de estar completamente olvidado cuando no tenía miedo de recordarlo; y sin duda el príncipe creía bastante inmediata la guerra de la venganza y de la reacción para permitirse semejante reto verdaderamente insensato. Estaba destinado el manifiesto á servir de precursor de la guerra á cuyo proyecto quiso dar la última mano Napoleón en su entrevista con la reina Isabel tan súbitamente fracasada. Por dos veces se había salvado hasta entonces la paz universal, la primera en 1867, por el arreglo pacífico del Luxemburgo, y la segunda en 1868, por la catástrofe repentina que había frustrado la entrevista entre Napoleón y la soberana de España (1). La resolución del embargo de los bienes del elector de Hesse desposeído, fué otra de las disposiciones tomadas en el invierno de 1868 á 1869 y propuestas en 5 de noviembre al parlamento.

Bismarck, en su discurso de 30 de enero de 1869, ilustró el pasado del gobierno del príncipe elector con la cita de un hecho que excitó la risa de toda la cámara de diputados, pues entre los papeles oficiales hallados en Cassel se encontró una orden del príncipe elector á su ministro de Hacienda, en la cual se decía que el soberano daba su permiso para la construcción del ferrocarril de Hanau después que la compañía constructora había puesto á disposición del príncipe 200 acciones gratuitas de á 250 florines cada una; á cuyo ejemplo, dijo Bismarck, podría agregar otros análogos y más importantes, añadiendo: «Desgraciadamente puede decir el extranjero que si un ejército enemigo penetrara victorioso en Alemania, no encontraría en todas partes la misma resistencia que hallaría en cualquiera otra nación unificada. En Alemania hay muchos Coriolanos, á los cuales solo faltan Volscos, que si los tuvieran muy pronto arrojarían la máscara y no bastarían todas las mujeres de Cassel y de Alemania para conseguir lo que consiguieron las romanas de Coriolano. Es de lamentar que esto suceda en Alemania. Figúrese la cámara la impresión que haría en España, en Rusia, en Inglaterra, en Francia, en Hungría y en Dinamarca si alguien declarara que quería realizar sus concupiscencias particulares, sus intereses de familia y de partido con el auxilio extranjero; que fundaba en él toda su esperanza y que trabajaba para que los ejércitos extranjeros vencedores hollaran los campos de su patria, para que su propia patria particular fuera presa del extranjero, como hemos visto al principio de este siglo en Alemania. ¿Qué importan á semejantes personas las ruinas humeantes de su patria con tal que ellas se encuentren elevadas sobre estas ruinas? Si en cualquier país unido, sin exceptuar la pequeña Dinamarca, un partido ó un grupo tuviese el descaro de confesar abiertamente semejantes tendencias, serían asfixiadas por el desprecio abrumador de sus compatriotas. Solo en Alemania no sucede esto; aquí semejantes personas no sucumben ante el desprecio, sino que llevan la frente muy erguida y encuentran hasta en este parlamento defensores públicos. En todas partes donde existe putrefacción nace una vida que no debe cogerse sino calzándose primero los guantes. En vista de este hecho, no se hable de espionaje

(1) La citada entrevista, según se dice, debía tener por objeto el reemplazar con tropas españolas la guarnición de Roma, para que Napoleón pudiera retirar las suyas. Pero aun suponiendo que hubiera sido fácil ejecutar este plan y que la reina Isabel le hubiera apoyado, todavía no acertamos á comprender por qué su no ejecución llegó á salvar la paz de Europa. (N. del T.)

organizado. Yo no he nacido para espía; el espionaje es contra mi naturaleza, pero creo que merecemos agradecimiento cuando nos dedicamos á perseguir sabandijas malignas hasta dentro de sus más ocultas madrigueras para ver lo que hacen.»

Malo era que esto fuese verdad, pero aun era peor que el extranjero tomara como tomó estas intrigas por fuerzas verdaderas, creyendo que en una guerra de invasión podía contar seguramente con la traición en el Norte y la desertión en el Sur, además de la superioridad propia de su fuerza. Esta ilusión, que en Francia particularmente era general, desde el emperador hasta el último escritorzuelo de periódicos, era la peor de las amenazas contra la paz general; ni podía justificarse con la suposición de que la Prusia estaba tan penetrada del sentimiento de su culpa y debilidad, que



El diputado Virchow  
(según el grabado de H. Roemer, hecho en 1883)

ni siquiera se atrevería á usar de su derecho de prevenir la defensa, de puro miedo de descubrir ella misma su impotencia.

Las dos proposiciones de embargo fueron aprobadas por grandísima mayoría. En el párrafo segundo de la orden del 2 de marzo de 1868 se dice: «De los objetos y productos embargados se sufragarán, sin dar cuenta de ello al rey Jorge, los gastos del embargo y de administración, así como los que originen las medidas de vigilancia y defensa de las empresas del rey y de sus agentes ocultas no se pueden publicar en todas sus partes las disposiciones de la justa defensa; por cuya razón no puede darse cuenta al rey Jorge del empleo de este fondo, ni tampoco pedirse al gobierno del Estado que entre en explicaciones con el rey Jorge sobre sus actos de administración y sobre la justificación de estos actos cuando levante el embargo.» A esto añadió el conde de Bismarck en la conferencia de la comisión: «No hay que temer que el gobierno tenga la intención de acumular las rentas de los príncipes destronados á manera de caja de ahorros á favor de los mismos príncipes, porque siempre se encontrará un empleo útil de estas rentas á favor de los